

EL EVANGELIO Y LA PREOCUPACION SOCIAL

La Encíclica "Sollicitudo rei socialis" vista desde América Latina

El Papa Juan Pablo II ha querido conmemorar el vigésimo aniversario de la encíclica de Pablo VI *Populorum Progressio* con un documento pastoral (35). El cuerpo de enseñanzas sociales de la Iglesia se ha ido formando en los últimos cien años a través de textos del magisterio solemne celebratorios de la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII (1891). *Populorum Progressio* intentó, por su parte, ser la aplicación del Concilio Vaticano II a un momento histórico difícil que quedó posteriormente marcado por las revueltas estudiantiles de París y México, los asesinatos de R. Kennedy y Luther King, y la invasión rusa a Checoslovaquia.

Pero los últimos veinte años han sido tan complejos para el mundo que no se podía "ignorar la realidad" a partir del Evangelio (Lc 16: 19-31) (33, 42). Distintos llamados del Papa, cada vez más insistentes, han llegado a nuestros oídos. Ultimamente la P. Comisión Justicia y Paz ha publicado dos documentos sobre la deuda internacional (19) y sobre los sin techo (17). El panorama es prevalentemente negativo (13, 26, 47) y desolador, porque la *unidad del género humano* está seriamente comprometida (14). Y por la situación de grave, gravísimo e inadmisibles retrasos del Sur, donde vive la mayor parte de la humanidad (14, 20). Más aún, la situación está peor y notablemente agravada (16). En este contexto se inscriben las palabras del Sucesor de Pedro y eje de la comunión eclesial: brotan de una visión universal y no europea del problema.

Trataré de responder a estas tres preguntas: 1. ¿Cuál es la novedad de esta encíclica para América latina, que participa del destino del Sur subdesarrollado? 2. ¿Cuál es el designio del Papa con este texto? 3. ¿Qué acciones concretas propone el Papa para superar los obstáculos al desarrollo integral del hombre y de los pueblos?

I. NOVEDAD DE LA ENCICLICA

América latina se debate en la miseria y el subdesarrollo, la injusticia y la degradación de sus gentes. Los tesoros de humanidad, religión y cultura (39) que pertenecen a nuestros pueblos, pueden quedar sepultados por el hundimiento humano y espiritual.

Tal situación dio nacimiento a un modo de pensar cuya categoría fundamental y primer principio es la "liberación" (46). Aunque hay varias teologías de la liberación, mayor notoriedad alcanzó una elaboración teológica con aspectos positivos, algunas desviaciones y peligros de desviación (46). Pero la teología de la liberación que se nos ofrecía a fines de la década de los sesenta ya no sirve. Partía de "hechos históricos" y, por consiguiente, cambiantes, dando un *sostén* endeble al edificio. Usaba, además, un instrumental ajeno a la tradición católica. De la Escritura, utilizaba hasta el cansancio el tema del Exodo israelita, pero la figura de Jesucristo quedaba casi ignorada. *Sollicitudo rei socialis* posee en su trasfondo, en cambio, una verdadera teología de la liberación. Esa es su novedad más evidente. No construye sobre "hechos", aunque los conozca y los describa. Se funda en la Palabra de Dios (30) como presupuesto indispensable a su discurso sobre el hombre y los pueblos. La figura de Cristo aquí es central (31), iluminada desde el protoevangelio de Génesis 1-3 (29, 33, 40, 47) y desde la tradición litúrgica y patrística (7, 41, 42). Si bien no rehúsa la validez de las ciencias, su mediación es la investigación teológica (4). El centro de su temática es "la fe en Cristo redentor" (31). Hay un notable cambio de perspectiva en la visión de la liberación humana, cambio preanunciado por las dos Instrucciones romanas sobre la teología de la liberación (1984 y 1986).

En realidad, la aspiración a la liberación y al desarrollo humano están íntimamente conectadas (46). La verdadera liberación es aspiración a una vida más humana (7, 46), en la cual el primado lo tenga el amor (42), porque donde falta el amor y la verdad, la liberación lleva a la muerte de la libertad (46). El amor preferencial por los pobres se manifiesta en el Evangelio desde el *Magnificat* (Lc 1:52) (49) y no es otra cosa que la preocupación por los "pobres del Señor" (43). Hay que satisfacer las aspiraciones más profundas (28) prestando atención al sufrimiento de tantos (10): muchedumbres hundidas (47) por diferencias clamorosas (7) y carencia de bienes y servicios (9, 10), millones sin esperanza bajo el peso intolerable de la miseria (13), millones de desempleados y subempleados (18). También están los nuevos pobres: multitudes sin libertad religiosa, sin derecho de iniciativas económicas, sin libertad de decisión personal, en una palabra sin los derechos humanos fundamentales (25, 42).

Pero ahora es urgente salir de un humanismo antropocéntrico que deja a Dios de lado, y volver a ubicar al hombre en su auténtica dignidad de imagen y semejanza de Dios (29, 33, 40): a cada uno y a todos. Los creyentes debemos hacer nuestro el programa del mismo Jesús (Lc 4:18): "anunciar a los pobres el Evangelio" (47).

Tampoco sirvió la ideología del progreso indefinido. El Papa no tiene ideologías (41) de recambio para ofrecer ante el fracaso de las filosofías ateas y agnósticas. Lo que presenta la encíclica es una antropología cristiana basada en la Escritura (29, 30, 31), y en la cual Cristo es el modelo y la figura por antonomasia del hombre llegado a su estatura espiritual y humana. Por eso, Juan Pablo revisa y corrige el concepto de desarrollo (10, 15, 21, 26).

Hoy estamos lejos del verdadero desarrollo (17), porque el desarrollo económico que se ha dado en el Norte, o superdesarrollo, ha conducido a la degradación del hombre y a la pérdida de respeto por sí mismo (18). En efecto, si la masa de recursos disponibles no es regida por un objetivo moral hacia el verdadero destino de comunión universal del género humano, el desarrollo se vuelve contradictorio (27), perverso y errado (25), y el resultado es la triste realidad de hoy (15). Hay que entender el desarrollo como elevación de cada hombre y de todos los hombres sometidos a leyes morales (8, 33, 34, 35): Por eso, el desarrollo está intrínsecamente unido a los derechos humanos (33). Es un desarrollo o liberación *integral* que abarca todas las dimensiones del hombre: cultural, trascendente, religiosa (46, 47), subordinando la *posesión material* a la semejanza divina del hombre y a su vocación a la inmortalidad (29). Sin esta concepción trascendente de la liberación, los bienes del mundo son colocados al servicio de la guerra y del armamentismo (49), que son los mayores enemigos del verdadero desarrollo de los hombres y pueblos (10), pero que poseen una especie de libre circulación por todas partes (21, 24).

El hombre a quien habla el Papa, cada uno y todos los hombres que vivimos en este único mundo dividido en "mundos" distintos (14), es un hombre *fundamentalmente bueno*, imagen del Creador, redimido por Cristo y guiado por el Espíritu Santo (47). Esta convicción es básica para medir el desarrollo. En efecto, el genuino desarrollo se mide por un parámetro interior y no exterior. Ese parámetro es la naturaleza específica del hombre creado a imagen y semejanza de Dios (29) y llamado por El a la comunión perfecta, comenzada en el mundo y que se realizará plenamente cuando lleguemos al fin para el que fuimos creados: la gloria que ya posee Cristo (28, 29, 30, 31, 33). Esta vocación del hombre a participar de la verdad y del bien, que es Dios mismo (33), es el principio de su dignidad (41, 47).

El Papa llama a este hombre, varón y mujer, a un cambio de actitud espiritual, que los cristianos conocemos con el nombre de *conversión a Dios* (38). El hombre convertido a Dios y la auténtica liberación trascendente son dignos de confianza (47), porque el positivo desarrollo de los hombres y pueblos consiste en su liberación integral de todas las miserias y esclavitudes (28, 46, 49) a las cuales él mismo contribuye por acción u omisión (15, 16).

II. LA INTENCION DEL PAPA

Esta intención sólo puede captarse a la luz de los últimos cuarenta años de historia. Estas cuatro décadas posteriores a la segunda Guerra Mundial han estado dominadas por la lógica de los dos bloques contrapuestos del Norte: Este y Oeste. Cada bloque lleva una tendencia al imperialismo y por eso las ayudas al Sur son desviadas a alimentar contrastes (21-22). Son dos *sistemas* inspirados históricamente en el colectivismo marxista que ignora su deber de cooperación (21, 23), y en el capitalismo liberal del siglo XIX que se aísla en su egoísmo (21, 23). No hay que extrañarse que estas décadas correspondan al período filosófico "post-moderno", que ha intentado zafarse de las ideologías "modernas" que sumieron al mundo en el totalitarismo o en el super-desarrollo.

Lamentablemente toda la filosofía actual vuelve a lo "sublime" del hombre sólo a través del arte y quitando todo valor a las decisiones morales y políticas, dejando que el mundo avance por los manejos de la economía y la técnica. La filosofía actual no tiene "utopías" que proponer como móviles de la historia, ni tampoco "valores". Únicamente comprueba que el "modelo" moderno se ha acabado. Pero ella queda paralizada.

Aquí se ve el proyecto del Papa: siguiendo la línea trazada por Pablo VI, Juan Pablo II quiere rescatar las utopías y los valores. Frente a un mundo que todo lo ha sectorizado y en donde sólo vale el individualismo en función de la posesión y el placer (28), el Papa mira sin prejuicios el destino común de la humanidad. Frente a un mundo que ha relegado a Dios a ser un Dios del individuo, o en todo caso un Dios de un sector del hombre, el Papa rescata el designio de Dios de construir el mundo como familia de hermanos que tenga un propósito común (23, 26). Por eso, la encíclica está cruzada desde el principio al fin por el tema del destino común de los bienes de la creación, de los medios de subsistencia, de los beneficios derivados

de ellos y de los bienes de la industria (7, 9, 10, 21, 22, 28, 39, 42 y nota 78), ya que hoy están mal y desigualmente distribuidos (9, 28) de modo que relativamente pocos son los que poseen mucho, y muchos los que no poseen casi nada (28). Esta es una de las mayores injusticias del mundo actual (28).

El Papa insiste en el valor de los ideales de justicia y paz, íntimamente vinculados al verdadero desarrollo humano (10, 26, 39). Si el desarrollo está fundado en el amor a Dios y al prójimo (33), entonces sigue valiendo la afirmación de Pablo VI en *Populorum Progressio*: "el desarrollo es el nuevo nombre de la Paz" (10). Más aún, la comunidad humana es reconducida a su origen divino y a su vocación trascendente (29-31) y el hombre es contemplado en su dignidad radical (29, 33).

A un mundo acosado por el miedo, la amenaza (47) y el terrorismo (24), el Papa indica otro mundo cuya conciencia moral quede destrabada y funcione adecuadamente. Para una conciencia "moderna" que ha perdido su sentido, Juan Pablo II señala vigorosamente el valor de la obligación moral de considerar en *decisiones* personales o de gobierno la interdependencia o relación de universalidad que subsiste entre la forma de comportarse de unos y la miseria y subdesarrollo de tantos miles de hombres (7, 9, 23, 24, 36, 38, 40, 47). Tenemos que recuperar la *jerarquía de valores* morales, que hoy se encuentra invertida o trastocada (10, 28, 31).

Hay que empezar por tomar la decisión de emprender el camino del desarrollo humano completo (38). Así se dan los pasos para los juicios morales que *hic et nunc* es urgente hacer (16, 24, 36, 40) en función de las verdaderas necesidades de los pobres. Porque esas incontables muchedumbres de pobres, que lejos de disminuir se multiplican (13, 42), poseen igual que todos la misma dignidad humana (47). Y la dimensión esencial del problema de la miseria y el subdesarrollo es *moral* (41). Por consiguiente, sólo con decisiones esencialmente morales (35), podrá superarse la miseria casi universal y el uso de los pueblos subdesarrollados como si fueran piezas de un engranaje gigantesco, a cuyo servicio están los medios de comunicación social del Norte (22).

III. LAS PROPUESTAS PAPALES

Al hombre que no puede ser ya considerado como un mero individuo, ni como una pieza de una clase social, al hombre restablecido

en su dignidad, hay que invitarlo al banquete de la vida (39). La propuesta del Papa es devolver el valor de comunidad global, de una sola familia (47), que posee el género humano a nivel mundial: o participamos todos, o no hay liberación posible (17, 22). Todos y cada uno somos moralmente responsables, cada uno a su nivel, pero involucrados en nuestra conciencia más íntima.

Juan Pablo II nos plantea volver a la "voluntad de comunión", porque la comunión es el modelo del amor del Dios-Trinidad, y para esa comunión de amor existe la Iglesia de Cristo. La comunión es el nuevo modelo de unidad del género humano, reflejo de la vida íntima de Dios (40). Y el bien común también puede definirse en términos de comunión.

El principio de esa comunión humana es Jesucristo, imagen perfecta del Dios invisible. Por su amor y por su entrega libre en favor de "los otros", Cristo es la piedra fundamental de un nuevo edificio que se hace en la fe.

La encíclica trata de hacernos ver con los ojos de la fe a esos "otros", nuestros prójimos: no son meros individuos humanos, sino *hermanos*, imágenes vivas de Dios Padre, rescatados por Cristo y santificados por el Espíritu Santo (40). Solamente con esta visión de la "alteridad", la humanidad puede avanzar hacia una paz fundada en la justicia.

Por esa razón, el Señor Jesús nos interpela en los hermanos (13), porque él se identificó con los hambrientos, sedientos, desnudos, enfermos, sin techo, presos y marginados de todo tipo (ver Mat. 25:31-46). El mismo Jesús procura que comprendamos el trato severo reservado a quienes esconden sus talentos y olvidan la ley de la comunión (30).

La encíclica, sin embargo, no se contenta con una repetición de principios, ni siquiera con los luctuosos juicios morales que pronuncia. El Papa sabe, con toda la tradición de la Iglesia, cuáles son los obstáculos formidables que resisten a este deseo de comunión del género humano y de liberación de sus servidumbres. Se trata de un análisis del mundo que hace la Iglesia por ser "experta en humanidad" (41) y no con ayuda de cifras y estadísticas (13): la naturaleza real del mal del subdesarrollo es un mal moral fruto de muchos pecados que llevan a "estructuras de pecado" (30, 36, 37, 38, 39, 46). Entre esos pecados sobresalen dos más característicos que son: la absolutización tanto del afán de lucro excesivo, como la sed de poder a cualquier precio (37, 38, 48). Pero hay también pecados de temor, indecisión y cobardía (37) y los que se ocultan en algunas decisiones aparentemente políticas o económicas: pecados de idolatría del dinero, de la ideología, de la clase, de la tecnología (37).

Esta es la profunda razón por la cual el Papa nos interna en el camino de la cooperación en el designio de comunión (40): Hemos de vencer, nosotros igual que Cristo (31), los mecanismos perversos y las estructuras de pecado. ¿Cómo? Tomando conciencia de la interdependencia moral (16, 17, 19, 38, 39) que se convierte en solidaridad (23, 26, 38, 39, 40, 43, 44, 45) y se manifiesta en igualdad, libertad y participación (45). La solidaridad es la determinación firme y constante de empeñarse por el bien común (38). Su acto propio es la colaboración, que transforma la mutua desconfianza (39) en formas de cooperación (43-45) para construir juntos un *destino común* (23-26).

Con su palabra de Pastor universal, Juan Pablo II ha contribuido de manera notable a la paz del mundo al darnos un *nuevo criterio* para mirar al mundo e interpretarlo: la conciencia de la paternidad de Dios, de la hermandad en Cristo y de las tareas humanas vivificadas por el Espíritu Santo (40).

Porque el verdadero desarrollo o liberación de hombres y pueblos depende, ante todo, de Dios (47) que hizo posible al hombre participar de su gloria en Cristo (31). La fe en Cristo redentor ilumina la naturaleza del desarrollo y guía en la tarea de colaborar para la paz y la justicia (31).

CONCLUSION

Este comentario, pensado y escrito desde América latina, cuyas multitudes de pobres claman a la Divina Providencia por justicia, debe agradecer al Papa el llamado urgente al amor preferencial por los pobres y este reclamo de decisiones de orden moral y político que aseguren el bien común no sólo como comunidad de bienes, o como el bien de la comunidad, sino mucho más aún en cuanto voluntad de comunión humana. El Papa ha sabido valerse de excelentes consejeros para formular los resultados de esta reflexión, y lo ha hecho a la luz de la fe católica y de su antiquísima tradición. La encíclica *Sollicitudo rei socialis* es, sobre todo, una palabra sobre Dios, que cuida con amor nuestras preocupaciones diarias (26). La Iglesia todo lo agradece y despierta a este llamado. Los cristianos y todos los creyentes son convocados a unir sus esfuerzos para este ánimo de unidad humana.